

Eduardo Pellejero, *Deleuze y la redefinición de la filosofía*, Morelia, Jitanjáfora, 2007, 361 pp.

IGNACIO QUEPONS RAMÍREZ
Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

El pensamiento de Gilles Deleuze, sin duda uno de los filósofos más originales de la segunda mitad del siglo XX, ha dado lugar a una amplia variedad de estudios e interpretaciones en los últimos años. Su obra es discutida en distintos espacios académicos a nivel internacional, pero sobre todo, ha tenido una amplia recepción en el exterior de la academia filosófica, especialmente entre la producción y reflexión del arte contemporáneo, así como en diversos ámbitos de la reflexión política y la crítica de la cultura. El libro de Eduardo Pellejero asume este compromiso por el rigor filosófico y las salidas prácticas más allá del discurso filosófico convencional hacia la intervención del pensamiento en los problemas concretos del mundo contemporáneo, en un esfuerzo de relanzar la noción de la filosofía como una actividad fundamentalmente política, creativa y dirigida a la transformación de la vida práctica.

Pellejero propone una lectura integral de la obra de Gilles Deleuze que opera a partir de la puesta en variación del concepto de “inactualidad” con miras a proponer el programa de redefinición de la filosofía destacando su carácter disruptivo y crítico. En contracorriente del auge del pensamiento hermenéutico contemporáneo derivado de Heidegger y Gadamer que enfatiza la dimensión histórica como el ámbito fundamental de la experiencia, Pellejero enfatiza la noción de “inactualidad” desde el pensamiento de Deleuze como estrategia de desplazamiento del paradigma histórico y consensual predominante en la filosofía contemporánea hacia el pensamiento como posicionamiento político, crítico de las mixtificaciones del consenso e intempestivo.

Gilles Deleuze se aleja decididamente del pensamiento llamado “postmoderno” en su separación crítica del programa de Heidegger, su revalorización de la filosofía clásica y moderna (Hume, Spinoza, Leibniz) desde una perspectiva pluralista y sobre todo a favor de la filosofía como una actividad permanente, crítica y con un espacio propio frente a sus detractores y frente a aquellos que han declarado su muerte. De todos estos rasgos, que

aparecen en la exposición de Pellejero, el que mayormente destaca es la apuesta por la filosofía como una actividad política y el clamor filosófico hacia la creación de un nuevo sentido del concepto de revolución, más allá de la sobredeterminación histórica del pensamiento marxista y neohegeliano que cree que la historia ha llegado a su fin, así como de las paradojas de las democracias representativas occidentales.

El libro está dividido en siete apartados, que más de capítulos son escenarios de operación que permiten una lectura no lineal del texto, aunque entre sí guardan una importante continuidad a través de la cual se va tejiendo el argumento que brinda consistencia al concepto de “inactualidad” desde la filosofía deleuziana. Las virtudes expositivas del libro permiten su utilización a como una cierta introducción a Deleuze, toda vez que se comprenda esto como una “entrada” al laberinto deleuziano, una entrada entre muchas, puesto que en realidad hay muchos aspectos de la obra de Deleuze que Pellejero deliberadamente no ha contemplado y su orientación de lectura está decididamente definida por enfatizar las potencias políticas e interventivas del pensamiento. Lo que nos propone Pellejero es una perspectiva que permite ver ciertas cosas y otras no, y no por una deficiencia en el planteamiento, todo lo contrario, sino por una acertada comprensión del filosofar deleuziano que rehuye a perspectivas totalizantes a favor de la apertura permanente que hace posible que sea posible pensar otra vez. En todo caso podríamos ver este trabajo también como la ejemplificación de cierto uso del pensamiento deleuziano con miras a un posicionamiento político en la filosofía contemporánea y sus respectivas consecuencias para la vida práctica.

La filosofía no puede definirse ni formal ni metodológicamente respecto de ningún objeto; tampoco puede reclamarse sin más un espacio para ella y reconocerla en el orden de la cultura y las instituciones, hoy más que nunca en un estado decadente en la burocratización de la producción científica. De hecho, el estado actual de la cuestión es que simplemente no hay lugar para el pensamiento. La filosofía, en este sentido, está obligada al autoposicionamiento continuo en las posiciones fácticas de la cultura dada. De igual forma, la filosofía no se puede definir por ninguna opción a diálogo ni consenso, “porque lo que está por detrás es una lucha sin treguas entre el pensamiento y la estupidez” (p. 6).

En la introducción de su libro, Eduardo Pellejero desarrolla el concepto de “inactualidad” en las famosas *Consideraciones intempestivas* o *Consideraciones*

inactuales de Nietzsche, que es el punto de partida de su recorrido por Deleuze. Pellejero argumenta que “lo esencial de la redefinición deleuziana de la filosofía puede ser productivamente leído en función de una reformulación de los principales problemas y conceptos de las *Consideraciones*, esto es, como una elaboración de la perspectiva metafísica e histórica, filosófica y política, de la inactualidad” (p. 33).

El segundo capítulo, *Filosofía y acontecimiento*, es una lectura política de la obra *Lógica del sentido*. Se expone la noción de acontecimiento en consonancia con la noción de sentido. El acontecimiento excede a los estados de cosas, a la expresión y a la voluntad subjetiva manifiesta en el “querer decir”. Lo más relevante de este apartado es el esfuerzo de Pellejero en la necesidad de concretar la noción de acontecimiento en el plano político a favor de la posibilidad de pensar la revolución como el acontecimiento por antonomasia. Pensar la cuestión de este modo permite relanzar la cuestión más allá de los prejuicios historicistas y apocalípticos de los nuevos filósofos. Una noción de revolución, no sólo es posible, sino necesaria. Al final Pellejero concluye preguntándose sobre qué nos toca del acontecimiento, y sugiere ciertas posibilidades desde el concepto de cotraefectuación del acontecimiento desde el plano de la expresión como tarea de una filosofía que pretende estar siempre a la altura de los tiempos, y esto significa, asumir la historia como las condiciones materiales, el inevitable y desgastante punto de partida, los meros hechos y desde ahí estar siempre atenta al acontecimiento que excede y replantea de manera permanente el sentido de la historia y nos relanza hacia un futuro siempre incierto.

El problema de la relación con el discurso de la historia es abordado en el tercer capítulo, *Filosofía e historiografía* donde Pellejero ofrece una perspectiva del problema de la sobredeterminación de cierta orientación historiográfica que configura cierta manera particularmente predominante de entender la filosofía, cuyo exponente principal sería el pensamiento de Hegel, pero también, más recientemente, Heidegger. Se une al capítulo anterior en cuanto trata de relanzar una noción de “novedad” más allá de la que impone la tradición histórica, especialmente de aquellos que no cuentan con tradición alguna en la cual reclamarse, y las imposibilidades del presente. “Pensar no se hace por referencia al origen ni en vista de un fin. Se piensa como se habita un medio, por variación continua” (p. 168). En este apartado nos encontramos una referencia al crítico deleuziano John Rachjman donde se enfatiza el llamado deleuziano a que se comienza a pensar siempre desde en medio en abierta

disputa contra el historicismo que Hegel y Heidegger intentaron introducir en la imagen del pensamiento. Deleuze no reclama ninguna narrativa intrínseca en la historia de la filosofía, antes bien hay las historias de la filosofía y la filosofía se define más por la acción y por los efectos que produce, que por reclamarse en una tradición. La referencia al pasado es una complicidad que redefine su relación con sus antecesores de una manera estratégica y siempre dirigida a fines de intervención y su propio ejercicio permanente de desmixtificación. En cierto sentido, la aparición del pensamiento redetermina las condiciones de su propio origen, produce sus antecesores, permite leer y releer la historia de una manera que hasta antes de su aparición resultaba imposible.

Una vez más, este replanteamiento de la cuestión pasa por una confrontación espacial-estratégico del paradigma histórico-temporal a favor de disciplinas menores como la geología, la geografía y la cartografía, frente al paradigma de las ciencias históricas. “La tierra no tiene historia sino un permanente devenir, una serie de devenires heterogéneos, que no dejan de dar lugar a una diversidad de historias diferentes, pero también, y al mismo tiempo, a toda una serie de acontecimientos extraordinarios que desbordan la historia de su formación por los cuatro costados y arrojan los elementos de su efectucción a nuevas relaciones, nuevos problemas, nuevas historias” (p. 165). Frente al tiempo de la historia, el tiempo de los devenires que permanentemente redefine el sentido de la historia y comprende el presente como posicionamiento.

De igual forma habría que entender los resultados de los controversiales estudios de historia de la filosofía que realizó Deleuze, los cuales tienen una validez que se basa en su efectividad más que en criterios de adecuación o entera fidelidad textual a un pensamiento. En cierto sentido es posible hablar de la inauguración de una manera de entender la fidelidad a un pensamiento, cuyo criterio no es la representación adecuada sino el compromiso experimental que abre la permanente posibilidad de pensar. En ese sentido, es posible encontrar una coherencia entre la crítica de la imagen dogmática del pensamiento enunciada por Deleuze en *Diferencia y Repetición* y la manera en que operan sus incursiones en la historia de la filosofía.

El cuarto capítulo *Filosofía y posicionamiento* nos acerca al concepto de filosofía como vector de desterritorialización. En este capítulo Pellejero decididamente confronta el concepto de “utopía” que aparece en la obra de Deleuze, hacia una “a topía”. Una vez más se orienta la noción de revolución en un

esquema que desplaza el historicismo teleológico, y en general el horizonte histórico y temporal como eje de su comprensión, hacia una problematización espacial del tema.

En este apartado aparece una original relación del pensamiento deleuziano con filósofos contemporáneos vinculados a la tendencia de las reflexiones sobre el arte de vivir como Pierre Hadot o Juliuz Domanski. Pellejero señala que “La filosofía, como modo de vida, como cuidado de sí y como cuidado de los otros ligado a la razón, atraviesa las definiciones de la filosofía de la antigüedad, desplazando en la mayoría de los casos el núcleo de la misma de su cualidad de ciencia o de conocimiento para pasar a considerarla como un modo de intervención. Filosofar no es, como habrían pretendido los sofistas, adquirir un saber, su saber hacer, una *sophia*, sino ponerse en cuestión a sí mismo, y, a través de ese cuestionamiento de sí mismo, poner en cuestión a los demás” (p. 207). Precisamente recupera de Domanski la noción de “atopía” para confrontar la apelación a una tierra futura con un ejercicio de trazar líneas de fuga ahí donde la vida se vuelve insoportable o sofocada, la filosofía como modo de vida es una clave importante que relanza su función disruptiva al cuestionamiento permanente de sí mismo.

El quinto capítulo, *Filosofía y minoridad*, desarrolla el concepto de “devenir” en la clave política de la minoridad. Es precisamente aquello que Deleuze llama “lo menor” aquello que excede a las determinaciones de la representación que intenta dar cuenta de una determinada región o estado de cosas, y que respecto de la representación es una anomalía o un mero accidente. Por esta misma razón, como señala Pellejero, “lo menor no tiene historia, nunca la ha tenido, lo menos sólo tiene sus devenires, como un movimiento siempre recommenzado, siempre por recommenzar, a espaldas de la historia, donde las condiciones nunca están dadas y todo el movimiento es detenido en nombre de una representación” (p. 229).

El sexto capítulo aborda el tema de la constitución del pueblo y la función fabuladora del pensamiento, hacia una revalorización del concepto de ficción como potencia de intervención política y transvaloración de nuestra relación con nuestra historia. La ficcionalización de la historia cuestiona la primacía de la tradición como eje de nuestra comprensión hermenéutica hacia una transformación permanente de nuestro presente, definido en función de un pasado posible y abierto a un porvenir distinto al que estamos determinados por las pautas de nuestra historia fáctica. La inactualidad es la asunción del presente

inactual, atópico y por tanto excediendo las expectativas suscitadas por el orden de nuestra propia historia a favor de un pueblo, todavía por venir. ¿Por qué se piensa? ¿Para qué se escribe? Contesta Pellejero a la cuestión señalando que “Se piensa, se crea, se escribe, por tanto, menos para asumir la expresión de un cierto grupo o de una determinada clase que en la esperanza de que un agenciamiento de nuevas formas de expresión pueda convocar a la gente a una acción conjunta, a una resistencia común, a un pueblo por venir” (p. 279).

La expresión del pensamiento está dirigida a promover las condiciones de un devenir revolucionario de la gente, que como señala Pellejero “no se confunde con la revolución (en el sentido de las filosofías de la historia), sino que tiene por objeto la subversión de un estado de cosas o el desencadenamiento de la revuelta, en la búsqueda de una salida a una situación intolerable” (p. 306).

Más adelante señala que se sigue pensando por un pueblo, a favor de un pueblo, toda vez que este “por” nunca sea “en lugar de” o “en representación de”. Buscando al expresión colectiva de una gente que sólo encuentra enunciación a través de la expresión del artista, el filósofo o del escritor (*Cfr.* 279).

El libro termina destacando el programa de una filosofía de la inactualidad como perspectiva política generalizada. La apuesta por la reelaboración deleuziana de un programa filosófico político del pensamiento, así como la redefinición del concepto de filosofía a partir de la eventualización de lo real que entraña la noción de acontecimiento, permite una ruptura con las nociones de estructura, sujeto e historia en tanto representaciones homogéneizantes y totalizadoras a favor de relanzar el sentido de la acción política del pensamiento más allá de las filosofías de la historia.